

IMAGEN DEL PERU ANDINO PREHISPANICO EN JOSE DE LA RIVA-AGUERO

Blanca Alba Guerrero

La figura de José de la Riva-Agüero ocupa un lugar prominente dentro de la historiografía peruana de la primera mitad del presente siglo, como integrante de la generación de historiadores que se llamó novecentista. Su trayectoria va aparejada a una visión particular de la realidad social peruana, en ese entonces caracterizada por una toma aguda de conciencia de la existencia de conflictos sociales. La fractura de las dos sociedades, la andina y la colonial, indujo a buscar una solución de continuidad que se prolongara hasta el momento presente. Es así como se ubicó a la historia como instrumento determinante para realizar, por lo menos en un plano ideológico, este cometido.

Anterior a Riva-Agüero había sido Javier Prado, cuyo discurso sobre el estado social del Perú en la Colonia había sido recibido con beneplácito por sus oyentes, al decir de Jorge Basadre. Esto muestra la existencia de una generalización conducente a ver la causa de los males en la época estéril de la dominación española; pero era una creencia que no proporcionaba una salida satisfactoria, por lo menos no a la clase dirigente. Es con Riva-Agüero cuando empieza a tomar forma la búsqueda de una conciencia social integradora; y el motivo del presente trabajo está dirigido a estudiar en qué forma ese interés general se traduce en una visión histórica del pasado andino prehispánico, o sea, las reglas del juego mediante el cual se lo analiza. Esta crítica no puede ser independiente del reconocimiento a los aportes que obtuvo la historia peruana gracias a su labor; en efecto, con la presencia patente de una idea directriz la historia adquiere un plano que se acerca más a la comprensión, que a la reconstrucción.

Nos fue difícil dividir el trabajo en partes; preferimos seguir una trayectoria continua, analizando con un criterio cronológico las obras de Riva-Agüero que interesaban específicamente, buscando al mismo tiempo que establecer la evolución de su pensamiento una relación con el problema histórico planteado por su generación. Nos guiamos por obras generales de otros autores que encuadraban este problema en forma global, pero preferimos en todo caso remitirnos a lo escrito por el propio Riva-Agüero.

El primer estudio conocido de Riva-Agüero referente a la historia prehispánica es un breve ensayo redactado en 1902 para un curso dictado por Carlos Wiesse, que tituló *Influencia de las Instituciones Incaicas en la Civilización del Perú*. En este trabajo no se encuentra todavía el interés más específico que evidenciaría en 1910; pero lo importante en él es la existencia de una primera definición del carácter general del Tawantinsuyu, enunciada categóricamente: las instituciones incaicas se caracterizan por “la teocracia despótica... el socialismo... la inmovilidad y... la total sumisión e ignorancia del indio” (RIVA-AGÜERO [1902] 1966, p. 35). Esta condición está en contradicción con sus principios, como él mismo manifiesta; y lo lleva a afirmar que en tal estado, el Imperio se encaminaba inevitablemente a la autodestrucción, que los españoles se limitaron a precipitar. Pero estas críticas se dirigen al supuesto socialismo, que no es lo mismo que el carácter autoritario o paternalista; en la práctica se podría decir que el régimen se adecuó a las circunstancias que le ofrecía la naturaleza del espíritu andino, y supo aprovecharlas. Por lo menos, eso nos hace pensar el siguiente párrafo:

Si el socialismo despótico de los Incas produjo males que todavía nos aquejan, produjo también ventajas, algunas de ellas perennes. Formó una población dulce, obedientísima, y si sus cualidades se malearon y su dulzura se hizo debilidad y su obediencia se transformó en abyección, no hay que achacar a los Incas la culpa directa; propagó el bienestar material... puso en la sociedad orden y paz perfectas... creó por esfuerzo propio una civilización relativamente muy adelantada y... si se perdió fue... por exceso y refinamiento de organización social; realizó en el más alto grado el principio de solidaridad; y por último, —y de éstos aprovechamos— estableció la nacionalidad peruana, unificando a las diversas tribus (RIVA-AGÜERO, op. cit., p. 39).

Tenemos, entonces, la aprobación tácita de un régimen fuerte y capaz de hacer reinar una “unidad” que un gobierno de otro tipo hubiera sido incapaz de instaurar. Este es un concepto que prevalece mucho en la admiración manifestada por Riva-Agüero hacia el Imperio, particularmente, y hacia los quechuas en general.

En 1905 publicó su tesis para el Bachillerato en Letras, *Carácter de la literatura del Perú Independiente*, cuyo tema no entra dentro del presente trabajo. Más interesante es su tesis doctoral, *La Historia en el Perú* (1910), que marca el inicio de los estudios historiográficos peruanos. En esta tesis lo más importante es el estudio del Inca Garcilaso, puesto que, como Jorge Basadre ha dicho, Riva-Agüero no se limitó a hacer un estudio horizontal, sino que lo hizo también en forma vertical, analizando las épocas al mismo tiempo que los cronistas. El primer interés que sintió hacia este género de estudios está condicionado por la presencia de dos escuelas, las que se llama-

ron garcilacista y toledana, que postulaban cada una concepciones diametralmente opuestas del significado que tuvo el Tawantinsuyu. Así, tenemos que Riva-Agüero manifiesta en un discurso con motivo de la conmemoración del IV Centenario del Cuzco español (1934):

... hacia 1906 comencé en la Universidad a interesarme por la investigación personal de los anales incaicos; predominaban en nuestra historia prehispánica dos corrientes antagónicas, por igual peligrosas y funestas. Era la una la aceptación rutinaria de las fábulas indígenas, el idilio de los Incas, que aún atestaban manuales y libros de texto, y que aceptaba a ojos cerrados las aseveraciones del tardío recopilador Garcilaso... En oposición a la mañida y yerba escuela tradicional, mantenida entonces aquí por los herederos de Lorente, nos llegaba el eco rabioso del antigarcilasismo europeo, que extremaba el escepticismo y la hipercrítica contra las tradiciones incaicas, y que todo lo sacrificaba en aras del aymarismo... (RIVA-AGÜERO [1934] 1938, p. 84).

Ninguna de estas dos posiciones convenía al concepto del Perú como país de sincretismo y síntesis que ya empezaba a forjarse en Riva-Agüero; la garcilasista idealizaba demasiado un Imperio cuyo trasfondo ideológico, social, político y económico estaba, como él mismo muchas veces dijo, opuesto a sus convicciones. La escuela toledana —la llamamos así aunque en ese momento aún no se conocía la obra de Sarmiento y otros cronistas con posiciones contrarias a la de Garcilaso, y las mismas *Informaciones* eran conocidas sólo parcialmente; pero necesitamos una denominación— impedía la aceptación de una herencia indígena, de un gobierno aceptado antes de la conquista por la misma población autóctona. Por otro lado, Garcilaso era el principal representante de un mestizaje que se traduce en la aceptación histórica de la existencia de dos vertientes en nuestro pasado, posibles de conciliar. Todo esto creemos que indujo a Riva-Agüero a buscar una posición intermedia que se traduce en una rehabilitación de Garcilaso.

Pero esta imagen es aún imperfecta; en efecto, es necesario buscar unas bases sobre las cuales se asiente efectivamente la hegemonía del Incario sobre el pasado andino. El relativamente corto lapso de tiempo que pareció necesitar su desarrollo induce a buscar más lejos en el tiempo; y Riva-Agüero encuentra entonces a Tiahuanaco, que se convierte en su teoría en un Imperio Paleo-quechua que sentó las bases de la organización que posteriormente se convertiría en el Tawantinsuyu. De esta forma, se nos presenta una gran síntesis de la historia andina prehispánica dividida en períodos, donde el pase de una etapa a otra está fuertemente influenciado por elementos externos. Así tenemos una primitiva época donde se da origen a la cultura peruana en el Litoral costero —y donde el autor se ve fuertemente influenciado por el determinismo geográfico—; estas culturas decaen por acción de

la invasión de tribus en menor estado de civilización y, paralelamente, surge Tiahuanaco configurando el primer gran momento imperial, de verdadera unificación, en el mundo andino. Nuevamente por acción de una civilización menor —los collas—, cuya entrada se ve facilitada por la excesiva expansión alcanzada, y por conflictos entre los grupos dominantes. Es entonces cuando florecen nuevamente los señoríos costeños, ayudados por la existencia de nuevas migraciones, y esta vez de gente de cultura superior. Por último, tenemos el segundo gran momento imperial, fruto de la emigración hacia el Cuzco realizada por restos de las tribus que integraron Tiahuanaco. Para concordar las informaciones sobre la expansión quechua durante el Imperio Incaico, Riva-Agüero recurre a la teoría de una Confederación sobre la cual poco a poco se impone la tribu del Cuzco.

A lo largo de todo el libro notamos la predilección de Riva-Agüero por aquellos momentos que signifiquen la presencia de una unidad social cohesionadora; esta última es lograda sólo por los quechuas, puesto que los costeños son más “indolentes”, más difíciles de gobernar, al contrario de los primeros, que por un lado tienen más temple y por el otro son más dóciles. Precisamente en esto radica el éxito de la organización del Tawantinsuyu: sus bases radicaban en que “Las instituciones incaicas encarnaban la natural y perdurable aspiración de la dócil raza quechua. Por eso estaba tan bien hallada con ellas” (p. 187). Por esto, al reconstruir una “comunidad de cultura, tradición y leyes” que ya existía en Tiahuanaco, fue fácil lograr la aceptación de pueblos de índole semejante. Aquellos que no descendían de los quechuas tuvieron más dificultades en la adaptación, y en eso consiste precisamente la división entre Huáscar y Atahualpa, que se puede reducir a la rivalidad Cuzco-Quito. En este caso de trata de dos dualidades que, en lugar de complementarse, se enfrentan en una lucha estéril.

De lo expuesto es fácil deducir una primera teoría acerca del interés de Riva-Agüero por lo incaico: el mundo andino contemporáneo era esencialmente quechua, y por tanto muy factible de trasponerle un parecido aparato gubernativo; en este caso, se trataba de darle una resolución a la oposición regional, considerada ya no como cuzqueños y quiteños, sino como Lima-Mundo andino.

Esa búsqueda de una complementariedad se nota también en el estudio crítico que hace de Garcilaso, estudio que tiene en sí muchos de los elementos que hoy se utilizan en el trabajo de las crónicas: las dos posiciones mencionadas anteriormente no se excluyen necesariamente, sino se complementan: “Es menester unirlos para que se fundan en ese tono gris que es el de la verdad. Las dos parcialidades contrapuestas se corrigen y completan mutuamente” (p. 187). Pero esto no es lo único saltante en la crítica de las fuentes: en Riva-Agüero se encuentran esbozos de conceptos que, más elaborados y científicos, se aplican actualmente. Su análisis de Valera —que

representa más que nada una introducción al más profundo sobre Garcilaso— es un ejemplo; tenemos así mismo la investigación de las posibilidades ofrecidas por la tradición oral incaica —la repetición de hechos arquetípicos en la genealogía Viracocha-Pachacútec... es un ejemplo— y la posición en que se halla el cronista para trasladar la información por escrito. Pero no aplica tan rigurosamente sus criterios en el mismo Garcilaso y tampoco es cuidadoso en determinar la filiación de las fuentes. En todo caso, es muy avanzado para el estado de la investigación histórica de entonces.

En *La Historia en el Perú* Riva-Agüero desarrolló lo esencial de su concepto sobre el aporte del pasado andino prehispánico al Perú contemporáneo, relación que tratamos de sintetizar más arriba. Estas ideas ya no van a sufrir un cambio muy grande; lo fundamental permanece en pie.

Así tenemos que en 1912, en *Paisajes Peruanos* escribe: “El Cuzco es el corazón y el símbolo del Perú”, que representa un nuevo giro de la idea principal, que representaría la necesidad de reincorporar la historia andina a la historia nacional —idea que no es expresada directamente en 1910—. Entonces dice: “... la suerte del Perú es inseparable de la del indio: se hunde o se redime con él, pero no le es dado abandonarle sin suicidarse” (RIVA-AGÜERO [1912] 1960, p. 80). Se configura ahora pues, el problema del indio, si bien visto dentro de un marco algo estrecho, el de la necesidad del indio en la agricultura y afines: “La población rústica es... dondequiera la carne y el músculo de los estados; y en la Sierra del Perú el campesino es y ha de ser siempre el indio” (Ibíd., p. 79).

El Inca Garcilaso de la Vega, discurso pronunciado en San Marcos en 1916 es una biografía del cronista donde la idea principal creemos que radica en la afirmación de su interés por la personalidad *mestiza* del cronista:

Todo en el Inca Garcilaso, desde su sangre, su carácter y las circunstancias de su vida, hasta la materia de sus escritos, y las dotes de imaginación y el inconfundible estilo conque los embelleció, concurre a hacerlo representativo perfecto, adecuado símbolo del alma de nuestra tierra (RIVA-AGÜERO [1916] 1962, p. 6).

De esta forma, se aprovecha el estilo biográfico para exponer las dos formas de vida, los dos mundos en que vivió el cronista, donde se conjugan los elementos andinos e hispánicos. Y Riva-Agüero acentúa más este carácter cuando nos dice que el mérito de Garcilaso se encuentra en las verdades generales, que lo esencial es la traducción del espíritu: esto se sintetiza entonces en la forma de un mensaje de unión a través de los tiempos.

En 1917, con motivo de una discusión sobre la colocación del monumento a Manco Cápac en la Plaza de Armas del Cuzco, Riva-Agüero se pronuncia sobre la necesidad de un tema más grandioso para la magnitud de

dicha plaza; y sugiere colocar a un “grupo que representare las principales ciudades del Perú reunidas en torno a su madre, la ciudad del Cuzco”. Estas estatuas deberían de tener como acompañantes las figuras de todos los Incas, junto a las de los dos Túpac Amaru. Esta representación histórica tendría como objeto “agitar fantasías, necesario estímulo del patriotismo...” (RIVA-AGUERO [1917] 1966, pp. 45-46). Dentro de este mismo carácter iconográfico el monumento a Manco Cápac no debería representarlo, solo, sino en compañía de Mama Ocllo, para significar el doble carácter de “fuerza guerrera y actividad bienhechora, cuyo maridaje constituyó la civilización incaica” (p. 50). Pero lo más importante está simbolizado en el siguiente párrafo:

Nuestra nacionalidad tiene sus más innegables y gloriosas raíces en el Imperio incaico; y todos los blancos capaces de pensar y sentir con altura, hemos de convencernos de que nuestra República ha de ser en lo esencial su continuación y perfeccionamiento, si es que aspiramos a que le [*sic*] Perú sea una patria de veras, con fundamentos, vocación y destino históricos, personalidad sustantiva, categoría y porvenir propios... El monumento de Manco Cápac debería ser emblemático de la reacción educativa indispensable (pp. 52-53).

En él encontramos ahora una motivación ya definitiva para el interés específico por el Tawantinsuyu; y hay algo más, la necesidad de una manipulación ideológica simbolizada por aquello que representarían las estatuas. Este discurso, pues, representa una de las primeras aplicaciones prácticas para sus teorías.

En la revista *Mercurio Peruano*, en 1918, publicó un artículo titulado “Cabezas humanas momificadas en el antiguo arte peruano”, donde efectuaba una reseña bibliográfica de un folleto de Julio C. Tello. En este artículo justificaba su interés de pacificación presentada por el tema del Incario al afirmar:

Lo significativo en las diversas culturas, no es el punto de partida, homogéneo en casi todas sino el estado final tan heterogéneo, que permite apreciar la especial aptitud de las razas y su desigual empuje”. (RIVA-AGUERO, [1918] 1966, p. 58).

Sin embargo, esto no quiere decir que deje de ocuparse de la historia preincaica; mas lo hará casi siempre en forma negativa, entendiendo por esto que no investiga propiamente este aspecto sino más bien se dedica a refutar las investigaciones ya existentes. Así, en *El Perú histórico y artístico* (1921) sostendrá que las culturas costeñas son producto totalmente de influencias foráneas; que tanto ellas como las andinas no pueden ser originarias de la montaña, al contrario de lo que sostuvieron Uhle y Tello, y volverá a afirmar

el quechhuismo de Tiahuanaco. Por lo demás, este libro es sobre todo una básica repetición de lo que dijo sobre el pasado prehispánico en 1910, salvo que en esta oportunidad Riva-Agüero se dedica a retratar un semblante más definido del carácter de la raza quechua, y del socialismo existente en el Tawantinsuyu (del cual dice que no fue un invento de los incas, sino que se basaba en un sistema ya existente). Por lo demás, para esta obra se puede repetir lo que ya se dijo para *La Historia en el Perú*: no hay muchos aportes originales a la conformación de una teoría final.

Quizás se deba en parte a que este es un libro que se publicó en Santander, España, y fue el primero —y el último— de los años de destierro durante el gobierno de Leguía. Eso da, a nuestro parecer, cierta flojedad y nostalgia a su obra. Se le ha reprochado que precisamente esos años, los de su destierro, fueran los más infecundos; y que no los hubiera aprovechado para escribir la obra para la cual estaba tan excepcionalmente dotado. En el libro *Homenaje a Riva-Agüero* se le exonera de estos cargos aduciendo sus múltiples ocupaciones que le impedían ocuparse de tal labor a tiempo completo. Sin embargo, esta es una pobre excusa; creemos que la razón principal para estos años de esterilidad intelectual se encuentra en la falta de motivación, en la imposibilidad de que aquella labor a la cual se había dedicado a tantos años, la investigación histórica, le sirviese para alguna utilidad práctica. Desde el momento en que ya no tenía participación, ya no podía influir, se vio precisado a buscar otra forma de satisfacción intelectual: empieza entonces a interesarse por el fascismo, una forma de gobierno autoritario que no es incompatible con sus intereses. Es difícil imaginarse otra causa más primordial que esta en una época donde la historia era una actividad a la cual sólo podían dedicarse, con muy raras excepciones, aquellos que disponían de medios suficientes, y que, por lo tanto, necesitaban un motivo muy poderoso para realizar tal tarea.

Sin embargo, si bien decrece su actividad intelectual, su concepción sigue siendo estable. Así dice, en una carta a Luis Alberto Sánchez fechada en Santander, el 20 de agosto de 1920:

... amo y venero todos los elementos fundamentales que han entrado en la secular composición de la nacionalidad peruana... no execré estúpidamente la tradición castellana, que la integró... Soy el que mejor personifica en el momento presente la genuina conciencia histórica del Perú (SANCHEZ 1963, p. 27).

Lo interesante de esta carta es que en ella se empieza a definir una posición defensiva de su propia ideología, cosa que no estaba tan presente en sus obras anteriores. El Perú de entonces estaba en pleno cambio y empezaban a surgir posiciones diferentes a aquella que sustentaba Riva-Agüero.



Sánchez menciona que, al final de la época de destierro de Riva-Agüero se publicaron cuatro libros que hirieron su sensibilidad: *Por la emancipación de América Latina*, de Haya; los *7 Ensayos...* de Mariátegui; *Tempes-tad en los Andes* de Luis E. Valcárcel, y el primer tomo de la *Literatura Peruana* de Sánchez. Así, su defensa se hace más acentuada, en otra carta fechada en Roma, 1929:

Mucho más que conservador (pág. 45 de su *Literatura Peruana*) que podría significar acuerdo con lo presente, he sido y soy *reaccio-nario*, convencido como lo estoy de que en el decaimiento moral e intelectual del mundo, ha de retratarse el ánimo hacia mejores épocas para hablar de ideales sanos y nobles. El tiempo es una superstición. Atendamos a lo bueno; y no a la moda ni a los caprichos y errores de un período, que podemos reformar. No soy ni he sido un mero *colonial*. Mis sentimientos peruanistas no son un coqueteo ni una actitud interesada, como Mariátegui lo da a entender (...). Nuestra nacionalidad mestiza precisamente por serlo, tiene una finalidad doble, la cual, lejos de ser antitético, es inseparable y consubstancial: dos semblantes de un mismo ser (SANCHEZ 1963, p. 30).

Como vemos, el aspecto más significativo de esta defensa es la actitud que adopta frente al indigenismo: no defiende tanto la acción integradora que pudo ejercer la conquista sino la posición especial que tiene respecto a la historia andina. Era lógico que los ataques se dirigieran específicamente en esa dirección, por la contradicción entre su interés por el tema y su propia posición social.

Es así que las obras del destierro están dirigidas, sobre todo, al estudio del Imperio Incaico en particular. Así, una de las ponencias que presenta en el III Congreso de Geografía e Historia Hispanoamericana, realizado en abril de 1930 en Sevilla, y al cual asistió gracias a una especie de reconciliación indirecta con el gobierno de Leguía (según cuenta Luis Alberto Sánchez), se refirió al tema “Raza y lengua probables de la civilización de Tiahuanaco”. En este trabajo volvió a afirmar el origen quechua de Tiahuanaco, y la filiación existente entre esta cultura y el Tawantinsuyu, apoyándose en el testimonio de cronistas como Cieza, Santa Cruz Pachacuti, Cobo, Zárate, los dos Molinas, Betanzos, Sarmiento, Acosta, etc.; además de las coincidencias lingüísticas, la mancomunidad y persistencia de tradiciones y la evidencia de los restos arqueológicos. Este mismo tema fue desarrollado ya en Lima, en diciembre del mismo año, en el prólogo que redactó para el libro *El Imperio Incaico* de Horacio Urteaga, donde de paso volvió a afirmar que la herencia indígena era inseparable de la española: “. . . el patriotismo verdadero . . . es la aceptación y el amor de la herencia completa de nuestros antepasados . . .” (RIVA-AGUERO [1930] 1966, p. 170).

En 1934 pronuncia dos discursos que interesan a nuestro trabajo; uno de ellos es el ya mencionado que elaboró con motivo del IV Centenario del Cuzco Español, donde es importante la comparación que realiza entre los dos factores de la peruanidad:

Mas sean las que fueren las diferencias y ventajas de la civilización española frente a la incaica, concurrían ambas en la amplitud y generosidad de su ideal. Por mucho que fuera el Imperio de los Incas una sociedad de jerarquías y clases, era también un imperio expansivo, no fundado exclusivamente en el temor y el escarmiento, sino en la cooperación, en el bienestar, y en el recíproco amor entre dominadores y vasallos. (...) La civilización española era también, y con mucha mayor excelencia que la incaica, acogedora y humana (RIVA-AGUERO, [1934] 1938, p. 94).

En esta comparación se relacionan la historia andina y la española por el común denominador de la reunión, en perfecta armonía, entre dominantes y dominados; es un ideal que bien podría haber sido transpuesto a la actualidad, o sea que al volver a ocupar cargos en el gobierno, teniendo participación nuevamente dentro de la clase dirigente, Riva-Agüero vuelve a buscar en el pasado un modelo para la sociedad.

Pero hemos de notar siempre en esta posición ideológica de Riva-Agüero una contradicción que demuestra la no conciliación, en la práctica, entre lo teórico y lo ideal; y esto empieza a partir de su propia persona. Así, en octubre del mismo año, se dirige a los miembros del Casino Español de Lima (españoles en su mayoría), de esta forma: "Me he sentido siempre, en el fondo, tan español como cualquiera de vosotros..." (RIVA-AGUERO [1934] 1938, p. 171).

Empero, su labor como creador de una conciencia social integradora sigue adelante, estimulada por su labor como catedrático en la Universidad Católica. Sus alumnos son esta vez receptores más entusiastas para sus ideas (el ambiente estudiantil en San Marcos le resultaba tenso luego del choque con los dirigentes a propósito de Víctor Andrés Belaunde). Es así como en 1937 tenemos su última gran obra de síntesis histórica, donde se ocupa en su totalidad de la historia prehispánica: las clases que dictó ese año y que se publicaron bajo el título de *Civilización Peruana. Epoca Prehispánica*. Escogió el título de "civilización" antes que "cultura" principalmente porque su mayor interés se dirigía hacia la presentación de la historia incaica, a la que creía "síntesis final" de las complejas culturas andinas; y le agregó el adjetivo de "tradicional" porque, a nuestro parecer, quería resaltar la tradición comunitaria aún subsistente. Así, empieza su clase diciendo: "Querría que mis lecciones no fueran de muerta erudición, sino que tuvieran el alcance moral bastante para reavivar en la juventud que me escucha el espíritu patrio" (RIVA-AGUERO [1937] 1966, p. 177). Esta concepción de

la historia como robustecedora del espíritu tradicional y del patriotismo ya estaba presente al final de *La Historia en el Perú*; pero en 1937 toma tintes más vigorosos por dirigirse a un auditorio “en vivo y en directo”. Así, sus alumnos han de tomarlo como modelo, uno de cuyos ejemplos es digno de mencionar:

... en mi afán de inquirir con toda solicitud y paciencia, y sacar a luz lo que haya de probable en las leyendas incaicas, de reconstruir y depurar nuestra primitiva historia, en cuanto a las fuerzas me alcance, me ajusto celosamente a la obligación de la exactitud, a las necesarias reglas de la disciplina histórica, y satisfago también lo que pide el amor patrio, el cual no se reduce sólo a las solidaridades étnicas, sino que sube más alto, al cariño y culto por todos los que nos antecedieron en este suelo, a la comunidad de tradición territorial; y para vigorizar y ennoblecer lo presente se empeña en resucitar lo arcaico mediante aquella ansia de vida y continuidad que inspiro a los renovadores de las diversas historias nacionales del siglo pasado (p. 276).

El oficio de historiador es, pues, dual: por un lado se dirige a la reconstrucción científica del pasado y por el otro se dirige hacia una toma de conciencia, primero a nivel personal —aunque no se puede hablar de una especie de “catarsis social”; esta toma de conciencia personal está encaminada más bien a asumir el papel que se ha de cumplir— y luego encaminada hacia la comunidad en general.

Por lo demás, en este libro asistimos a la mayor profundización de los temas ya tocados en 1910. Las rectificaciones no modifican mayormente el esquema fundamental; tal es el caso de su menor determinismo geográfico, el cambio de la denominación “feudal” a la etapa de la Confederación por el adjetivo “semifeudal”; la existencia ya no legendaria de Manco Cápac y Sinchi Roca, etc. Lo importante de estos cambios es que suavizan algo la teoría de los primeros años y le dan más unidad, más fundamentación. El supuesto carácter socialista del Tawantinsuyu sigue estando en contradicción con sus creencias, pero lo bueno, lo primordial —que es el estado de integración al que llevaron al mundo andino— sigue en pie.

Los escritos sobre el tema del pasado prehispánico decaen luego de este último esfuerzo. Así, por ejemplo, tenemos que redacta en 1938 una carta sobre las momias de los Incas, que tiene datos de poco interés para nuestro trabajo. El mismo año dictó una charla en la Escuela Superior de Lenguas Extranjeras de Tokio, titulada “Las lenguas indígenas y el Castellano en el Perú” donde lo más saltante es el pedido de la integración de los términos indígenas al idioma español, “castellanizándolos”. Pareciera que no pudiera concebir la existencia paralela de dos lenguajes; para él el castellano es siempre superior, y el quechua sólo aporta giros.

En 1914, un año antes de su muerte, publica en *La Prensa* una "Rectificación necesaria" dirigida a Ricardo Pastee, con motivo de un artículo de este último en el cual lo acusaba de hispanista. Riva-Agüero se defendió citando frases de sus libros, muchas de las cuales hemos ya citado anteriormente; y sostiene que el autor debe haber buscado para redactar la acusación "quizá en las esferas de los ruines demagogos pseudo pensantes..." (RIVA-AGÜERO [1944] 1966, p. 416). En verdad, para entonces su labor política bastante desafortunada —recordemos la persecución de los apristas y la prohibición de los libros escolares de Luis Alberto Sánchez— le hacía figura propicia para ser el blanco de los ataques. Pero aunque consideramos exagerada la declaración de hispanista que le atribuyeron sus detractores, está en pie el hecho que Riva-Agüero intentó, conscientemente según se deduce del papel que declaró otorgarle a la historia, de solucionar el problema existente entre el mundo andino y el limeño (por definir este último de alguna manera), buscando fundamentar una unidad ilusoria en la creencia de un pasado común que solucionaba el conflicto. Así, parecía posible solucionar el problema del indio mediante alusiones al pasado incaico:

Aprovechemos las lecciones de la historia cuzqueña con un alto y comprensivo espíritu de peruanidad total. Pidámosle a cada una de las dos razas históricas la enseñanza y el ejemplo de sus respectivas cualidades. A la incaica, su disciplina, su jerarquía, su unidad, su sentido de la autoridad y la tradición, de parsimonia y de prudencia, cualidades todas que son esencialmente conservadoras y derechistas, porque el indio necesita el molde de una organización vigorosa y estable para producir obras duraderas... (RIVA-AGÜERO [1934] 1938, p. 101).

Observemos cuán significativa es la frase final. El problema del indio cobró principal importancia en la época de Riva-Agüero; y frente a él se adoptaron diversas posiciones. La de Mariátegui fue una de las que también buscaban en la historia la búsqueda de una solución. Pero en el caso de Riva-Agüero su interés específico estuvo determinado por la superposición de una élite dirigente, que volviera a asumir el papel que cumplieron los Incas en el Tawantinsuyu, pero en otro plano; y para esto se basaba en la creencia de que si tal organización, propiamente indígena, había mostrado con largura su capacidad, manteniendo al mismo tiempo satisfechos a sus súbditos, mayor aún sería el éxito de una dirigencia similar, pero bajo otra ideología. El papel de esta última se encaminaba a crear una "igualdad" o integración que suplantara bajo otro término al supuesto socialismo incaico.

En este último análisis no podemos dejar de lado los aportes de Riva-Agüero para la historia peruana. Como dijo Basadre, siempre tendrá vigencia su obra; hasta hace relativamente poco tiempo fue, para muchos histo-

riadores peruanos, un modelo y una base de la cual partir; y hoy como mañana es imprescindible como una obra fundamental para la historiografía peruana.

BIBLIOGRAFIA

RIVA AGÜERO Y OSMA, José de la

- 1921 *El Perú histórico y artístico*, Santander, Sociedad de Menéndez y Pelayo, 1921.
1937 *Civilización Tradicional Peruana. Epoca prehispánica*, Lima, Edit. Lumen.
1938 *Por la Verdad, la Tradición y la Patria. Opúsculos*, Tomo II, Lima, Imp. Torres Aguirre.
1952 *La Historia en el Perú*, segunda edición, Madrid.
1960 *Afirmación del Perú*, tomo I: *El Perú en su historia*, Lima, Publicaciones del Instituto Riva-Agüero.
1962 *Estudios de Literatura Peruana. Del Inca Garcilaso a Eguren*, tomo II de sus *Obras Completas*, Lima, Universidad Católica.
1965 *La Historia en el Perú*, tomo IV de *Obras Completas*.
1966 *Las Civilizaciones Primitivas y el Imperio Incaico*, tomo V de sus *Obras Completas*.

BASADRE, Jorge

- 1965 Prólogo a *La Historia en el Perú*.

Instituto Riva-Agüero

- 1955 *Homenaje a Riva-Agüero en el X aniversario de su muerte*, Lima, Publicaciones del Instituto Riva-Agüero.

MARIATEGUI, José Carlos

- 1960 *Peruanicemos al Perú*, Lima, Amauta.

PEASE, Franklin

- 1978 *Del Tawantinsuyu a la Historia del Perú*, Lima, IEP.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

- 1954 *Fuentes Históricas Peruanas*, Lima.
1974 *Mito, tradición e historia del Perú*, Lima, Edic. Peisa.

MACERA, Pablo

- 1977 *Trabajos de Historia*, tomo I, Lima, INC.

SANCHEZ, Luis Alberto

- 1963 "Cómo conocí a Riva-Agüero", En: *Nueva Coronica* N° 1. Revista de la Universidad de San Marcos.